

tutas estrellas apaches, y de otras cosas, muy humorísticas, y... muy materiales... Y la poesía, ¿dónde está? ¿Dónde está lo subconsciente en estas metáforas de primitiva imaginación?

¡«Nihil novo»!... Mientras en el nuevo vaso—vacío—no se nos dé el nuevo licor, que nuestra sed también espera, seguiremos bebiendo en el viejo vaso henchido, del romanticismo...

Pero debemos insistir gustosos en el mérito intrínseco de este libro, escrito con cabal conocimiento de doctrinas, desarrollado con expositivo método, y, sobre todo, concebido con honrada intención estética. Con honrada, aunque, a nuestro parecer, errada; pues creemos, en desacuerdo con la idea capital del autor, que ninguna percepción estética puede ser facultad meramente espiritual, ajena a función orgánica, por la sencilla razón—¡siempre la razón!—de que todo concepto de belleza deviene necesariamente de una percepción original de los sentidos.—*Guillermo Koenenkampf.*

## CUENTO

L'ENFANT DE LA HAUTE MER, POR  
*Jules Supervielle.*

La potencia poética de Jules Supervielle se identifica en estos relatos con una especie de mágico despertar, con la repentina iluminación de un mundo que se levanta al lado de cada cosa y en cada acto del ser humano, pero cuya atmósfera de obscura presencia y de difícil

acceso no se expande sino al contacto de la poesía. A este acto de expansión del ser entre las cosas, súmase el reflejo vivo de ellas, el latido de sus misterios, de sus ritmos y de sus leyes. Esta excursión del pensamiento por las fronteras ni próximas ni lejanas de la supervivencia, entra en los relatos de Supervielle con su definitivo vigor de magia y de revelación, de tal manera que el mundo siéntese invadido por el rumor de los sucesos y de los seres que acaba de perder, pero que se han quedado flotando en la estructura de la memoria y de las cosas. Del mismo modo esta breve supervivencia se anticipa, por ejemplo, en los cuerpos que están a punto de perecer, pero que, por el repentino derrumbe de un acto o de una pasión, no son ya sino sombras inclinadas hacia su demasiado próximo fin.

Esta etapa, póstuma o anticipada, de ciertas existencias es la que ha encontrado su perfecta imagen en el mundo de estas páginas. La fuerza y la dulzura de los símbolos y el pulso humano que oscilan en la poesía de Jules Supervielle, permiten un fácil contacto con las más bellas leyendas del mar y de la tierra. La constante iluminación interior del hombre inclínase casi siempre a sentirse reflejado en la no del todo accesible imagen de los mitos. Por eso en este libro existe, preferentemente, la intención de penetrar en el clima dulce o terrible que viene de la muerte. Y es admirable la realización del sentido mítico de Supervielle en estas zonas de éxtasis o de pánico.

Así, por ejemplo, en el relato *L'Enfant de la haute mer*, aparece una pequeña ciudad sobre el océano, ciudad donde una niña descubre con asombro y lentitud todo lo que deslumbra la infancia y que ella acaba justamente de perder. «¿Cómo habíase formado esta calle flotante? ¿Qué marinos y con ayuda de qué arquitectos la habían construido en el alto Atlántico, en la superficie del mar y sobre un abismo de seis mil metros?». Luego, la vida recobra de nuevo su sentido y sobre esta calle del mar la pequeña náufraga cólmase de pequeños sucesos y cosas y su pensamiento trabaja en una ilimitada admiración y goce de mundo tan imprevisto. A veces escribía largas cartas con noticias sobre su existencia y la de su calle, cartas dirigidas a nadie y que ella arrojaba al mar «no para librarse de ellas, sino porque eso debía ser así y posiblemente a la manera de los náufragos que entregan a las olas su último mensaje en una botella desesperada». Y página a página, la existencia de esta niña no es otra cosa que una bella y terrible fábula flotando al paso de los barcos en alta mar.

Del mismo modo, esta supervivencia se manifiesta en *La desconocida del Sena*. Una mujer de diez y nueve años se arroja al Sena desde el Puente Alejandro. A los pocos minutos la ahogada se dice: «Cree que permanecería en el fondo del río, pero he aquí que asciendo». Ya a flote, las aguas la llevan cada vez más lejos de París. Y de pronto, un nuevo pensamiento: *Alcanzar el mar*. Y flota, flota, repitiéndose:

«Si pudiese alcanzar el mar, yo que ahora no temo a la ola más alta». Hasta que, por fin, su cuerpo entra en el océano donde un extraño habitante la arrastra consigo hasta las arenas profundas. Allí es recibida por algunos seres «fosforescentes» que le hablan con la cordialidad propia, sin duda, de los pobladores del fondo del mar: «Confíe en nosotros. Su error, crea usted, consiste en querer respirar todavía. No se espante tampoco al sentir en usted un corazón que no palpita casi nunca o solamente cuando se engaña. No hay nada que temer. Siente como le vuelven las fuerzas?» «Ah, siento que me voy a desvanecer...», responde la ahogada. Y esta escena se prolonga con un dulce lenguaje, con un lenguaje, justamente, del sueño. Ya la ahogada ha entrado en una nueva existencia y su pensamiento trabaja en conjunto con las palabras y los actos de sus nuevos amigos. A veces, una pregunta: Y los barcos que corren se ven a menudo? Hasta que—¿no le basta al ser traspasar las tinieblas?—esa vida de tan extraño contenido se le hace insoportable y huye a la superficie. «Morir, por fin, enteramente, pensaba ella, elevándose entre el agua. En la noche marina sus propias fosforescencias devinieron demasiado luminosas hasta extinguirse para siempre. Entonces su sonrisa de errante ahogada volvió a los labios. Y sus peces favoritos no vacilaron en escoltarla, quiero decir, en morir sofocados, a medida que ella alcanzaba las aguas menos profundas».

La sobria escritura de este libro

continúa de este modo reconstruyendo el misterio de las más bellas historias de cuerpos errantes por el mar y la tierra. Nunca, como en estas páginas, se han hallado más cosas en el país de la nada.— *Rosamel del Valle.*

## VIAJES

AIRE INDIO, por *Paul Morand.*

Gracias a la iniciativa de la Empresa Zig-Zag, de editar a bajo precio obras extranjeras de reconocido valor, podemos, en parte, salvar los perjuicios que para la cultura de un pueblo significa la imposibilidad de traer libros. Sabemos que ello se debe al exiguo valor de nuestra moneda y a las trabas que ponen las autoridades, que ahora como siempre, poco o nada se preocupan del cultivo del espíritu.

No pocas revelaciones nos ha dado la Empresa Zig-Zag con sus ediciones. Citemos el caso de *Vuelo de Noche* de Saint-Exupery, el novelista aviador, que con elementos tan deshumanizados como el aire, la nieve y las sombras ha escrito una hermosa novela corta, donde hace vivir el paisaje andino en descripciones breves y evocadoras, exentas de esos detalles minuciosos, topográficos, a que son tan inclinados nuestros escritores. Y recién aparece en una excelente edición e impecablemente traducida, la última obra de Paul Morand (1), en la que este buceador de sensaciones exóticas y pintor de cielos internacionales, cuenta las impresiones que su

pupila inquieta de viandante literario, recogió en su viaje por Indo-América.

Traspuesto el prólogo de un prólogo laudatorio de Luis E. Délano— traductor de la obra,—iniciamos su lectura no sin desconfianza porque sabemos, que fué tan rápido el viaje de Morand por estas tierras, que toda impresión que de ellas dé, tendría que resentirse de superficial y arbitraria. No obstante, pronto desvanecemos tal juicio anticipado, pues Morand se manifiesta discreto en sus apreciaciones objetivas y sólo divaga latamente cuando la naturaleza o el arte autóctono le han herido su retina de artista. Así, apenas si alude a nuestro país, donde estuvo poco más de 48 horas, y sólo dice concretamente que el Club Hípico de Santiago es el mejor del mundo. En cambio a la Argentina le dedica la mayor parte de su relato, ya que fué en ese país donde estuvo más tiempo. Buenos Aires, desde el barrio trashumante de la Boca, donde nació el tango, hasta el aristocrático paseo de Palermo, vibra coloreado bajo su animada descripción. Pero es la pampa infinita la que adquiere con sus palabras todo el vigor de su grandeza y desolación.

«Marea sin profundidad, mar sin mareas. Tristeza de esos pocos árboles de follaje colgante, glicinas, sauces, y de esos curiosos e innumerables arbustos que semejan a la presilla, a la felpilla de los muebles.»

Su estada en Lima le da motivos para exhibir su pasión por lo exótico y arcaico, y allí donde ve una piedra labrada o un techo artesonado, exhuma leyendas incaicas o

(1) Editorial Zig-Zag. Santiago.